

EL PENSAMIENTO DE NICOLAS BERTIAEFF Y LA CRISIS DEL MUNDO ACTUAL

por DR. MARIO CASANAÑAS

Para: Carlos y Doreen en
recuerdo de la vieja Lovaina
y bajo la amenaza nuclear.

*¡Oh, Dios! ¿Será posible que tú no
sea para mí sino un espejismo engañoso
de aguas falsas con las cuales no
se puede contar?*

Jeremías XV, 18

Para aquellos que comenzamos ya a peinar canas y que hemos estado comprometidos con los diferentes movimientos cristianos y sociales que presidieron y prepararon, al menos en parte, el Concilio Vaticano II la figura de Berdiaeff no nos es desconocida. Así, pues, escribimos estas líneas sobre todo para los más jóvenes, pero sin esconder la intención de recordar a los otros quién fue el gran filósofo ruso de inspiración cristiana.

Berdiaeff es sin lugar a dudas un acontecimiento decisivo en el pensamiento cristiano del siglo XX. Y diríamos más, no sólo en el siglo XX, sino decisivo también para el futuro del cristianismo. De tal manera que aún hoy en día nos asalta de cuando en cuando la idea que nuestro pensador no ha sido todavía comprendido y asimilado por el cristianismo.

Berdiaeff es un hombre que se sitúa con su meditación en el corazón mismo de la gran crisis de Occidente, la cual él supo detectar y anunciar como pocos pensadores. ¿En qué consiste esta crisis? Si lanzamos una mirada a sus principales obras¹ no nos será difícil descubrir una línea de pensamiento que se mantuvo inalterable durante toda su vida. Tratemos en lo que sigue de ofrecer lo esencial. El universo medieval en el Occidente europeo era un universo teocrático, es decir, regido por una cierta concepción cristiana de Dios cuya expresión simbólica fueron las grandes catedrales y las grandes sumas teológicas.

En definitiva un universo donde el hombre aspiraba, al menos, idealmente, a un orden inmutable. Este orden comenzó a resquebrajarse hacia el final del medioevo; y esta ruptura fue acentuándose cada vez más a partir de esa explosión magnífica que fue el Renacimiento y cuyas consecuencias las estamos viviendo aún hoy en día.

En esta alba de los Tiempos Modernos el hombre comienza a descubrir su libertad; él comienza a experimentarse no ya como sujeto a un orden inmutable sino como un ser creador. Los tiempos modernos como todos sabemos muy bien es la época en la cual el mundo va convirtiéndose para el hombre no en un lugar donde él está simplemente, sino en aquello que él tiene que dominar y transformar. Esta es la época donde comienzan los grandes descubrimientos científicos y marítimos. Ahora bien, para Berdiaeff el comienzo de la época moderna, a pesar de su redescubrimiento de la cultura clásica greco-romana, no fue de ninguna manera una simple vuelta al paganismo sino una toma de conciencia muy profunda por parte del hombre europeo del mensaje judeo-cristiano, luego bíblico, de que el ser humano es llamado por Dios para junto con él co-crear el mundo. Indudablemente, esta toma de conciencia del carácter creador del hombre no surgió de la noche a la mañana, ella fue preparada por más de un milenio de predicación evangélica. La Iglesia gran maestra por no decir madre del Occidente condujo al hombre al descubrimiento de su ser como co-creador con Dios. Pero el cristianismo eclesiástico no era plenamente consciente de lo que incoado portaba en sí mismo transmitiendo la Biblia generación tras generación.

Todo esto significa que cuando el hombre comienza a ver el mundo con ojos nuevos esta posibilidad de una nueva visión es en el fondo cristiana. En efecto el hombre de los tiempos modernos comienza a ver cada vez más claro el gran mensaje bíblico según el cual el hombre no está sujeto a ningún fatalismo o a ningún destino inexorable sino que la historia depende de él; siempre, claro está, en unión con Dios.

Según Berdiaeff, Cristo el Dios-hombre es el prototipo y el anuncio de la humanidad nueva, es decir, de la unión perfecta de Dios con el hombre. Hay, según nuestro pensador, en el dogma cristológico de Calcedonia toda una antropología implícita cuyas consecuencias son incalculables para el futuro no sólo del cristianismo sino de la humanidad entera. En el dogma de la perfecta unidad del hombre Jesús con Dios, Berdiaeff ve la revelación más profunda de lo que Dios quiere del hombre: que él sea creador; porque de la misma manera que el hombre Jesús en el misterio de la encarnación acepta la voluntad de Dios y se hace uno con él para crear "los cielos nuevos y la tierra nueva" (Apocalipsis 21, 1), así toda la humanidad es llamada también a ser deificada y a ser creadora. Como decían algunos Padres de la Iglesia que Berdiaeff cita a menudo, "Dios se ha hecho hombre para que el hombre se haga Dios". Jesús el Cristo es el punto culminante de aquel "hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra" con que comienza en la Escritura la historia de la humanidad.

Pero, y este es el gran drama de los tiempos modernos, el cristianismo institucional no comprendió las consecuencias mismas de su mensaje. La Iglesia (las Iglesias) permaneció como fijada en su pasado medieval, mientras peligrosamente la humanidad calzaba sandalias nuevas. Y el gran divorcio entre el hombre occidental y la Iglesia proviene en gran parte de esta incompreensión del cristianismo histórico hacia lo que estaba ocurriendo y que él mismo había engendrado. Es por eso que como bien es sabido de todos una gran parte de lo que constituye el mundo actual ha tenido paradójicamente que construirse muchas veces luchando contra las Iglesias. Y porque éstas no tenían más respuestas que ofrecer a los nuevos e ingentes problemas que la humanidad se planteaba, el mundo se hizo o tuvo que hacerse en gran parte ateo. Es decir, que según Berdiaeff la laicización o secularización de la humanidad actual es un proceso a la vez positivo y negativo. Positivo porque el hombre asciende a un nuevo nivel de responsabilidad frente a sí mismo, es decir, frente a la historia; pero, negativo, porque el hombre solo sin Dios no puede ser tampoco un verdadero creador.

Para Berdiaeff el mundo a la deriva en el cual vivimos actualmente es la consecuencia de la ruptura creciente entre Dios y el hombre. Berdiaeff realiza claro está, una lectura religiosa de la época actual, es por eso que él se definía como "un filósofo religioso".

Berdiaeff ha meditado profundamente el mensaje contenido en la obra de dos pensadores que fueron verdaderos profetas de nuestra época, me refiero a Dostoyevski y a Nietzsche.² El primero cristiano y el segundo ateo, pero ambos, cada cual a su manera, han descrito en páginas escalofrantes lo que significaba el hombre sin Dios: una humanidad sin identidad ni rumbo alguno, una humanidad sin rostro y que no sabe en el fondo de sí misma quién es ella y dónde va. Esta es en dos palabras la situación del mundo actual: la ruptura de todos los límites, la angustia y el desenfreno en el querer vivir el instante que se va y que ya no volverá, sabiendo que lo que nos espera es la nada de la muerte. No es que antes el hombre no sufriera, sino que él sabía lo que tenía que hacer frente al sufrimiento. Millones de hombres en Occidente no lo saben más; y por eso la vida actual tiene ese aire del río y de mezcla de búsqueda loca del placer unido al sufrimiento irremediable. Pero Berdiaeff es cristiano y él sabe lo que significa la fidelidad de Dios al hombre. Su gran mensaje en definitiva es que toda una época del mundo toca a su fin, pero que un gran renacimiento espiritual se anuncia. Pero este renacimiento espiritual no puede significar de ninguna forma y manera la vuelta a la autoridad eclesiástica de antaño, sino el descubrimiento creciente de un cristianismo verdaderamente creador.³ La humanidad deja detrás de ella una serie de etapas encaminándose hacia esa tercera época del mundo que Berdiaeff llamaba con Joaquín de Fiory y otros, la época del Espíritu Santo, la época de la luz y

del Paráclito. Pero el destino de la humanidad no está decidido para siempre, él permanece suspendido a la libre aceptación por parte del hombre de su vocación creadora con Dios. ¿Redescubrirá el hombre a Dios? o quizás, ¿él se encamina ya a su pérdida definitiva? Aquí toda reflexión cesa y comienza la fe suspendida de la cruz de Cristo porque el Dios que pasó por el abismo de la muerte no puede dejarnos abandonados aunque para eso tenga que esperarnos siempre.

NOTAS

¹Sobre el problema de la crisis del Occidente en Berdiaeff señalaríamos dos libros: *El Sentido de la Historia*. Madrid, Encuentro, 1979; *Una Nueva Edad Media*. Buenos Aires, Lohlé, 1979. La mayor parte de sus libros han sido traducidos al español.

²Carlos Marx fue la otra figura intelectual a la cual se confrontó Berdiaeff, señalando de manera inigualable la protesta profética que guarda el marxismo, pero también su tentación totalitaria. Nuestro pensador fue uno de los grandes concedores del marxismo ruso. Sus polémicas con Lenin hicieron que éste lo exiliara, situación que duró hasta la muerte de Berdiaeff en París en 1948.

³La Iglesia como la comunidad de los que creen (y en toda comunidad hay una autoridad) es necesaria, pero de otra manera. Este es el gran drama del cristianismo actual, y su futuro se juega en esta transformación.